

CONTINUIDAD Y CAMBIO

Notas sobre el Programa del Partido Socialista de 1947
Raúl Ampuero Díaz

Habían pasado catorce años desde su fundación cuando el PS realizó su primera Conferencia de Programa. Durante todo ese tiempo no se disponía de otros documentos ideológicos que la Declaración de Principios de 1933 y, en un plano más primario, el Programa de Acción Inmediata del mismo año. Entre esas fechas habían variado profundamente las circunstancias en Chile y en el Mundo:

- Había quedado atrás la Gran Depresión del 29 y comienzos de la década del treinta y sus ruinosos efectos en la economía chilena, particularmente en la industria salitrera;

-Bajo las banderas del Frente Popular y de la unidad de la Izquierda, la vieja oligarquía había sido desplazada del poder, parcialmente al menos;

- Habíamos seguido con apasionado interés la guerra civil española y su dramático desenlace: la caída de la República y la instalación de un régimen fascista que se agregaba a las dictaduras de Italia y Alemania;

- De la Segunda Guerra Mundial había surgido una Institución planetaria -la ONU- como corolario del triunfo militar de las potencias occidentales y la Unión Soviética sobre el Eje. Se redibujaba el mapa político de Europa y comenzaba el proceso de descolonización en el Tercer Mundo;

- Stalin, en la Unión Soviética, había liquidado a la vieja guardia bolchevique, consolidando así su poder personal y consagrando una versión dogmática del marxismo: el "marxismo-leninismo", como doctrina oficial de la tercera internacional y de los partidos comunistas a ella afiliados.

En suma, una serie impresionante de acontecimientos exigía reformular los postulados originales del Partido a la luz de la historia reciente. Con tal propósito, la nueva dirección del PS elegida en el XI Congreso General (octubre de 1946) resolvió convocar una Conferencia Nacional de Programa en el curso del año siguiente. La Comisión encargada de elaborar la ponencia Inicial contó con la participación de un gran número de compañeros y, luego de aprobado su texto en la Conferencia, fue sometido a la sanción final del XII Congreso General.

El Programa del 47 está dividido en dos secciones: una

primera parte teórica, de fundamentación ideológica, y una segunda donde se diseñan los planes sectoriales. Mientras en esta última fue indispensable y valiosa la colaboración de numerosos especialistas y profesionales de cada ramo, la introducción teórica fue prácticamente redactada por el recordado compañero Eugenio González quién, con este escrito, nos dejó una herencia intelectual de valor singular. Este documento el que enunció los principios que sirvieron de plataforma y orientación al Partido en los veinte años siguientes.

La escueta referencia al marxismo como método de interpretación de la realidad, formulada en la primitiva Declaración de Principios, resulta demasiado esquemática, insuficiente para situar ideológicamente al partido, pero adquiere consistencia en los años que siguen, a través de un persistente y severo enjuiciamiento crítico de las experiencias y actitudes comunistas, dentro y fuera de la Unión Soviética, que el nuevo programa recoge. Con relación a este punto, se lee: "la política inicial de socialización del poder económico se fue convirtiendo en una mera estatización que condujo progresivamente a un régimen de "capitalismo de Estado", dirigido por una burocracia que ejerce el poder en forma despótica, sometiendo a una verdadera servidumbre a la clase trabajadora". Así "los auténticos fines del socialismo (...) se han ido desvirtuando cada vez más en función de una política de Estado que no tiene en cuenta los intereses de los trabajadores".

El rechazo del modelo comunista se extiende tanto a la concepción del Estado como simple instrumento del partido, como a la política exterior de Moscú. En este campo el Programa señala una línea que inspirará más adelante la firme condena de las intervenciones soviéticas en Hungría (1956), Checoslovaquia (1968), y Afganistán (1979). Con ocasión de la ruptura soviética con Yugoslavia (1948) el partido no se limitó a solidarizar con la posición de Independencia del país ofendido, sino que acogió con esperanza las nuevas orientaciones contenidas en la política de Belgrado. Tanto el sistema de la autogestión como las iniciativas del no alineamiento calzaban con los conceptos de democracia económica y autodeterminación de los pueblos consagrados en el Programa que comentamos.

El postulado de la autonomía en sus diversas dimensiones anima todo el documento, sea como premisa de las relaciones interestatales o como condición en los compromisos con otras colectividades políticas dentro y fuera de Chile. En su ejercicio el Partido solidarizó con la Revolución Boliviana (1952), con la insurrección promovida en Cuba por el Movimiento 26 de Julio (1959), con la lucha independentista argelina (1962), en momentos en que otros partidos políticos de izquierda les regateaban su apoyo. El

mismo principio nos permitió condenar la agresión franco-británica contra Egipto (1956), con motivo de la nacionalización del Canal de Suez, pese a que en aquella época el jefe del Gobierno en París era Guy Mollet, dirigente de primer plano en el partido socialista francés y en la Internacional Socialista.

En realidad el rigor autonomista del Partido está estrechamente asociado a una vigorosa revalorización de la democracia. Si en 1933 había tenido ciertos fundamentos la incorporación del concepto de la "dictadura de los trabajadores" en la Declaración de Principios, en 1947 la gravitación objetiva de esas circunstancias había desaparecido: la Milicia republicana -como guardián del viejo orden oligárquico- estaba disuelta; durante diez años el poder Ejecutivo se había movido en un espacio de izquierda moderada, con la presencia -en algunos periodos- tanto de ministros socialistas como comunistas y, por último, el desenlace de la Guerra Mundial había rehabilitado el valor sustancial de la democracia en el mundo, luego de experimentar en toda su barbarie el totalitarismo fascista. Sin consignarlo en forma expresa el Programa diseña un proyecto político que será conocido en los años siguientes con la denominación de República Democrática de Trabajadores. Dos elementos principales sirven de soporte a ese enunciado: uno es la reducción del papel del Estado en el proceso de socialización de los medios de producción, y el otro la reivindicación humanista del trabajo, como factor económico y como supremo valor social.

Diversos pasajes evidencian esta convicción: "la tarea fundamental de nuestra época -dice- consiste en organizar racionalmente las fuerzas productoras para hacerlas servir a los intereses del hombre y de su vida".

"El sacrificio de las libertades en un régimen colectivista conduce inevitablemente a inéditas formas sociales de carácter clasista y antidemocrático, del todo ajenas al sentido humanista y libertario del socialismo".

"El socialismo -señala- lucha fundamentalmente por el establecimiento de un nuevo régimen de vida y trabajo en el que se den las mayores posibilidades de expansión de la persona humana" -y agrega-"pero en ningún caso acepta la estatización burocrática del poder económico, porque ello conduce inevitablemente a la esclavitud política de la clase trabajadora".

Tal vez la concepción de una planificación centralizada del proceso productivo sea la más discutible de las ideas inspiradoras del Programa, aún cuando diversos pasajes la condicionan muy estrictamente, dejando importante espacio a la economía de mercado. El sistema implantado en la Unión Soviética vino a demostrar que la planificación integral es

virtualmente impracticable y sobre todo estimula la transformación del personal que la maneja en una "nueva clase social" por la magnitud de sus ingresos en dinero y en servicios. Independientemente del carácter teóricamente "estatal" o "social" de la propiedad sobre los medios de producción, es la tecnocracia la que maneja el aparato productivo, asumiendo simultáneamente una situación dominante en la conducción política.

Nuestra idea de la democracia como una radical socialización del poder en todas sus formas, como sustancial extensión del campo de decisiones del pueblo y del autogobierno, superando los privilegios de clase, ha estado siempre implícita en la mentalidad del Partido y desmiente los injustificados reproches de quienes nos atribuyen una pretérita insensibilidad hacia los valores democráticos tradicionales. A nuestro juicio, si tratamos de encontrar una clave objetiva para juzgar el nivel de democratización de una comunidad en determinada fase histórica, sólo podríamos encontrarla verificando el grado en que el sistema contribuye a emancipar las fuerzas del trabajo. Frente a quienes aceptan la democracia exclusivamente como un sistema destinado a perpetuar el capitalismo, nosotros lo concebimos siempre como un ordenamiento institucional que debería garantizar el advenimiento pacífico de los cambios requeridos por la evolución de la sociedad.

Es importante subrayar el carácter anticapitalista de todo el documento porque es él un elemento esencial en todo el socialismo verdadero. La amplitud de la planificación, la extensión del mercado, las diversas formas de propiedad, el grado de participación del Estado, todos esos factores, en mayor o menor medida, pueden ser empleados como instrumentos en la conducción económica de una comunidad con un criterio pragmático, para enfrentar sus peculiares problemas independientemente de su estructura socialista o capitalista. Teóricamente la misma economía de mercado, en sus versiones menos dogmáticas, podría compatibilizarse con un régimen socialista de autogestión, donde la empresa privada estuviese sustituida por las empresas autoadministradas por sus trabajadores.

La visión marxista de los fenómenos políticos que acusa en la dinámica de la historia una presencia determinante de los antagonismos de clase es otro postulado que hoy se niega o se oculta en nombre de una solidaridad social puramente retórica. En el Programa del 47 esa perspectiva ilumina sus párrafos más elocuentes.

Como el anterior, el programa en la elaboración deberá responder a un período de cambios inusitados en la esfera internacional, que coincide con el restablecimiento de la democracia chilena después de largos y penosos años de dictadura. El colapso de las estructuras estatales en los

países del Este europeo no sólo cambia el mapa político y comprueba el fracaso histórico de la experiencia y del modelo comunista; genera también una nueva realidad planetaria dominada por los Estados Unidos como única superpotencia, en sustitución del mundo bipolar que conocimos desde la segunda Guerra Mundial. Por otra parte, la fragmentación del bloque soviético, junto, con abrir en sus antiguos territorios una fase de agresivos nacionalismos, daña la autoridad política de todas las tendencias socialistas, aún de aquellas -como el PS chileno- que mantuvieron una inquebrantable oposición a ese modelo.

La nueva situación ha dado una oportunidad excepcional al capitalismo para presentarse como único sistema capaz de conducir a los pueblos a la prosperidad y para desplegar una abrumadora ofensiva ideológica en torno a una suerte de "teología del mercado" y la revaluación del liberalismo, con una aceptación notable incluso entre ciertos dirigentes e intelectuales de izquierda. Tales acontecimientos son interpretados como anunciadores de una época de vigorosa expansión de la democracia, de derrota del subdesarrollo, de paz en todas las latitudes y de prosperidad planetaria.

El derrumbe de los regímenes comunistas alentó las esperanzas de que fueran sustituidos por gobiernos democráticos, pero los acontecimientos más recientes parecen desmentir tan alentadoras perspectivas. En reemplazo del mundo escindido, vigente hasta ayer (que condicionó en todas partes la conducta de los dirigentes políticos) surge el dominio sin contrapeso de los Estados Unidos, que se asigna una misión tutelar sobre todo el planeta tanto en el orden económico como en los planos político y militar.

Por otra parte la fragmentación geográfica de los estados europeos multinacionales -principalmente de la Unión Soviética y de la Federación Yugoslava- enciende violentos focos de conflictos políticos y de guerras, alimentados a su vez por la reaparición de viejas tendencias reaccionarias - algunas de claro signo fascista- y de añejos integralismos religiosos.

El cuadro se complica y hace más urgente la adopción de una clara línea de conducta si hacemos el inventario de los fenómenos que amenazan la vida humana en términos universales. En la reciente "cumbre" de Río de Janeiro se pasó revista a los fenómenos más alarmantes; la contaminación del aire y del mar, la destrucción de la capa de ozono, la desaparición de las especies, la desertificación de terrenos que fueron bosques y praderas, todo en función de una productiva inspirada exclusivamente en la persecución de la ganancia.

En un documento de la Comunidad Científica Sueca se puede leer esta síntesis sobrecogedora: "...Esta admirable y

portentosa célula (célula verde de las plantas) tenía la habilidad de capturar excedentes de energía solar más allá de sus propias necesidades de mantenimiento y crecimiento. Esta habilidad la utilizaron (los hombres) a lo largo de millones de años para crear todos los compuestos, complejos y concentrados de lo que depende toda vida humana y sus actividades. Los seres humanos permanecieron en un equilibrio con la capacidad regenerativa de las células verdes hasta hace unos cien años. Fue entonces que nuestra tecnología nos permitió ejercer control sobre fuentes de energía concentrada: carbón, petróleo. Ello nos permitió expandir nuestro dominio sobre el espacio ecológico con tal velocidad y fuerza que comenzamos a revertir el proceso evolutivo de la Tierra, transformando materia ordenada en basura molecular con mucha mayor rapidez de lo que las restantes células verdes eran capaces de procesar".

Si queremos ser fieles a nuestro "método de interpretación de la realidad" en el nuevo Programa deberíamos intentar una respuesta a lo menos provisoria al crítico trance que amenaza al mundo. Entender su dinámica sería ya un progreso en cuanto permitiría enunciar una estrategia política capaz de conciliar el desarrollo científico-tecnológico con una nueva estructura social y una economía de nuevo tipo.

La cruel paradoja de nuestro tiempo: el prodigioso dado a la producción por avance del conocimiento científico paralelamente a al difusión del hambre y la degradación material de gran parte de la población mundial, como fruto del modelo de consumo generado por el capitalismo, nos impone la tarea de diseñar un programa alternativo inspirado en el manejo social de las fuerzas productivas, cuya realización descansa en el impulso innovador de las clases oprimidas y marginadas en la sociedad capitalista, y en la acción de los pueblos del Tercer Mundo en busca de un nuevo orden internacional. Es cierto que, comprometido en una realidad histórica con las naciones de Occidente, tampoco el "socialismo real" intentó aplicar un curso distinto para su propio desarrollo industrial.

La "globalización" de los problemas planteados pone a prueba una tesis ya adelantada por el pensamiento marxista, esto es, que el desarrollo de las fuerzas productivas termina siempre por dejar obsoletas, anacrónicas, las relaciones de producción históricamente alcanzadas. Las fuerzas productivas, es decir el conjunto dialéctico del trabajo humano, de los recursos y energías naturales utilizadas en la producción, los avances del conocimiento científico y técnico e incluso las modalidades de la estructura social, tienden a desarrollarse sin interrupción, de manera acumulativa, mientras las relaciones de producción se inclinan a reproducirse siempre de la misma manera y sólo pueden ser sustituidos en determinados momentos de ruptura

revolucionaria. Se plantea así la contradicción entre "fuerzas productivas" y "relaciones de producción" que constituye el antecedente necesario para superar el modo vigente de producir. tal situación, condicionando vigorosamente el proceso histórico, abre la posibilidad también de resolver la otra contradicción contenida en todos los modos de producción antagónicos, es decir, la contradicción interna entre clases explotadas y explotadores. Allí donde la evolución de las fuerzas productivas no ha alcanzado un desarrollo suficiente para generar un modo de producción superior, el conflicto entre las clases sociales puede concluir en la disgregación de la sociedad.

De atenernos a la retórica desatada en torno a la contaminación y sus efectos parecería existir un acuerdo universal para acabar con el insidioso fenómeno. Sin embargo, cuando el análisis se propone identificar sus fuentes y recomendar medidas concretas, irrumpen las resistencias de los intereses empresariales en el interior del país y de la diplomacia del mundo industrializado, en resguardo y justificación de su propio crecimiento y el de las corporaciones multinacionales. Incluso la lucha por la supervivencia de la especie adquiere una dimensión social y deberán ser los trabajadores los más consecuentes en asumirla dentro y fuera de Chile.

La respuesta correcta no vendrá del capitalismo. Para entendernos, hablamos del capitalismo "real", no del capitalismo de fantasía descrito por los teóricos neoliberales, llamado a enriquecer gradualmente la población entera hasta alcanzar con el tiempo los estratos más modestos. Hablamos del capitalismo del libre mercado, el mismo que en Chile ha generado una gigantesca zona de pobreza. Nuestros cinco millones de pobres no son víctimas de una vocación morbosa ni de un momento de distracción de la "mano invisible", encargada de asignar recursos: son el precio de una política que premia la codicia e ignora la justicia social y la preservación del ambiente.

Resulta, entonces, indispensable la acción de un partido que estimule la presencia de los trabajadores en el campo político, como clase protagonista de la historia, y no como "gente" anónima, carente de voluntad colectiva, inerte destinataria de la filantropía privada o fiscal.

Raúl Ampuero Díaz

Santiago, octubre de 1992.